



---

BOLETÍN DEL CLERO  
DEL  
OBISPADO DE LEÓN

---

NOS EL OBISPO DE LEÓN  
al Clero y fieles de nuestra Diócesis.

---

*Collegerunt ergo Pontifices et Pharisei concilium, et dicebant: quid facimus, quia hic homo multa signa facit?*

(Joan, cap. XI, v. 47.)

*Y los Príncipes de los sacerdotes y los Fariseos juntaron concilio y decían: ¿qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros?*

(Evangelio de S. Juan, capítulo XI, v. 47.)

Todos los momentos de nuestra vida están destinados para amar y servir al Señor nuestro Dios y Criador con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu y sus potencias, porque la vida, el alma, y el cuerpo y todo nuestro ser son bienes que hemos recibido del Señor, para que le amemos, y sirvamos, cumpliendo su santa voluntad en la observancia de la ley que nos ha dado. El servir y amar á Dios y al prójimo como á nosotros mismos son la base por decirlo así, del conjunto de mandatos que Dios nos ha impuesto para nuestro bien.

Toda trasgresión de la ley divina ofende á Dios y nos hace reos ante su justicia de una culpa; pero hay

entre ellas una especial y gravísima, que campea por todas partes y produciendo la ruina de las almas, causa grandes daños en las familias, en los pueblos y naciones con grave detrimento de la paz, bienestar y felicidad de todos. Esta es, amados míos, la envidia, y de ella quiero hablaros en este santo tiempo de cuaresma, especialmente destinado para meditar sobre los misterios de nuestra redención; sobre la gravedad del pecado y sus penas; y sobre la bondad de Dios, no menos que de nuestro reconocimiento y del amor que le debemos.

Se entiende por envidia la tristeza de los bienes ajenos, ó sea «la tristeza del bien del prójimo en cuanto se considera como mal propio y diminutivo del propio bien.» (1)

Así, pues, la envidia es genuina prole de la soberbia, cuyo desorden y confusión consiste en amar desordenadamente ó apetecer para sí la propia excelencia en bienes verdaderos ó supuestos y fingidos, no queriendo que haya en el prójimo tales bienes ú otros semejantes; de modo que si los vé en el prójimo, le envidia y se entristece. Por eso dice S. Agustín: (2) *Amando quisque excellentiam suam, vel paribus invidet, quod ei quoequentur, vel inferioribus, ne sibi quoequentur, vel superioribus, quod eis non quoequetur.*

Como la envidia es de la gloria de otro en cuanto disminuye la gloria que uno apetece, es natural, que solo tenga lugar respecto á aquellos á quienes quiere igualarse ó superarlos. De modo que este vicio no se halla entre los que están muy distantes entre sí, así que nadie que no sea un insensato quiere ó aspira á igualarse ó ser preferido en gloria á los que son muy superiores, como el plebeyo respecto al rey. Por eso el hombre no envidia á

---

(1) S. Thom. Sum. theolog. 2.<sup>o</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest. XXXVI, art. 1.<sup>o</sup>

(2) Lib. XI de genesi ad litt. cap. 14.

los que distan mucho de él en lugar, tiempo ó estado, sino á los que se hallan próximos intenta igualar ó superar. (1)

Esta tristeza de los bienes ajenos puede efectuarse, según Santo Tomás, de cuatro modos (2) á saber: cuando uno se duele del bien de otro, en cuanto que teme de esto un daño para sí mismo ú otros bienes, en cuyo caso esta tristeza no es envidia y puede existir sin pecado y por eso dice S. Gregorio — *Evenire plerumque solet ut non amissa charitate, et inimici nos ruina laetificet, et rursus ejus gloria sine invidiae culpa contristet; cum et ruente eo quosdam bene erigi credimus et proficiente illo plerosque injuste opprimi formidamus*— en segundo lugar puede uno entristecerse del bien ajeno, no porque posee el bien, sino porque no hay en nosotros aquel bien que él tiene, lo cual no es envidia sino propiamente celo y si este celo versa sobre cosas honestas es laudable, según las palabras del Apóstol (3) *Sectamini charitatem, oemulamini spiritualia*; pero si este celo es sobre cosas ó bienes temporales solo será pecado cuando es immoderado—El tercer modo de recibir tristeza del bien ajeno tiene lugar, cuando una persona indigna ocupa un puesto eminente con exclusión de otra que lo merece mucho más, lo cual no es envidia, sino mero amor á la justicia; pero si se trata de bienes temporales que disfrutaban los indignos y se les conceden por disposición divina para su corrección ó condenación, porque estos bienes son nada en comparación de los bienes futuros reservados á los justos, no puede existir sin pecado esta tristeza de los bienes temporales del prójimo, porque la Sagrada Escritura lo prohíbe con estas palabras: «No tengas envidia á los malignos, ni celos de los que hacen iniquidad (4)—Mas mis

(1) S. Thom. Sum. theologica, 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest. XXXVI.

(2) Sum. theologica, quaest. XXVI, art. X.

(3) Epist. 1.<sup>a</sup> ad Corinth. cap. XIV, v. 1.<sup>o</sup>

(4) Salmo XXXVI, v. 1.

piés por poco no se conmovieron: por poco no resbalaron mis pasos. Porque me llené de celo sobre los iníquos, viendo la paz de los pecadores» (1)—finalmente el cuarto modo por el que uno se entristece de los bienes de otro, puede tener lugar cuando el otro le exceda en bienes y esto es propiamente envidia, lo cual es siempre pecado, porque se duele de aquello que debía alegrarse, que es el bien del prógimo. (2)

La envidia es por su naturaleza pecado mortal, porque se opone á la caridad. La caridad se alegra del bien del prógimo y la envidia se entristece de ese mismo bien del prógimo. Todo pecado opuesto á la caridad es por su naturaleza mortal (3) y por eso se dice: que al necio le quita la vida la ira, y al apocado le mata la envidia (4).—Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama está en muerte (5). Aunque la envidia es por su naturaleza pecado mortal, puede ser venial por defecto de consentimiento ó advertencia suficiente, porque en toda clase de pecados mortales se hallan algunos movimientos imperfectos, que existen en la sensualidad, los cuales son pecado venial. Por igual razón suele ser pecado venial la envidia de los párvulos, porque no hay en ellos perfecto uso de la razón.

La gravedad del pecado de la envidia se ha de medir por la magnitud del bien corporal ó espiritual que se envidia en el prógimo; así que la envidia más baja y grosera procede de ver aventajados á otros en bienes temporales de hacienda, honra, dignidades, privanzas con príncipes ó personas calificadas por su posición elevada, hermosura

---

(1) Salmo LXXII, v. 2.<sup>o</sup> y 3.<sup>o</sup>

(2) S. Thom. Sum. Teolog. 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest. XXXVI. art. 2.<sup>o</sup>

(3) S. Thom. ibidem, art. III.

(4) Job. cap. V, v. 2.

(5) Epist. 1.<sup>a</sup> S. Joan. cap. III, v. 14.

corporal y otras excelencias semejantes. Esta envidia es propia de los mundanos y nace de la soberbia.

Sobre este punto ténganse presentes entre las sesenta y cinco proposiciones condenadas como escandalosas y perniciosas por Inocencio XI en 2 de Marzo de 1579, las siguientes: *Proposición XIII. Si cum debita moderatione facias, potes absque peccato mortali de vita alicujus tristari, et de illius morte naturali gaudere, illam inefficaci affectu petere, et desiderare, non quidem ex displicentia personae, sed ob aliquod temporale emolumentum.*—*Proposición XIV. Licitum est absoluto desiderio cupere mortem patris, non quidem ut mortem patris, sed ut bonum cupientis, quia nimirum ei obventura, est pinguis haereditas.*—*Proposición XV. Licitum est filio gaudere de parricidio patris, a se in ebrietate perpetrato, propter ingentes divitias inde ex haereditate consecutas.*

Hay otra envidia mayor que se ceba en letras, ciencias, habilidades y artes, y en las excelencias que tocan al entendimiento, la cual suele hallarse en los que se dedican al estudio y anda mezclada con disputas, contiendas y porfias, no menos que con otros recursos ilícitos para salir cada uno con su propia honra, y apocar ó desdorar la ajena.—Otra envidia mucho mayor se ceba en las virtudes y bienes espirituales, entristeciéndose de que otros tengan excelencia en ellos y sean honrados y alabados como santos. Esta envidia procede de la soberbia espiritual y suele existir en los que tratan de virtud y es bastante común á principiantes y á hipócritas.—Por último, cuando esta envidia crece y llega al grado supremo, que se llama envidia de la gracia y caridad fraterna, es uno de los pecados (1) que se llaman contra el Espíritu Santo, entristeciéndose de que el prógimo sea virtuoso y tenga gracias y dones del divino Espíritu, deseando que no las

---

(1) S. Thom. Summa theolog. 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest. XXXVI, art. IV.

tuviese; de manera que el hombre por esta su conducta envidia en cierto modo al Espíritu Santo, que es glorificado en sus obras. De aquí procede el gravísimo pecado del escándalo, que es decir ó hacer algo para que el prójimo pierda la gracia y caridad (1) cual fué la envidia del diablo contra el hombre; por la cual «entró la muerte en el mundo» (2) Esta consideración debiera bastar para aborrecer tan abominable vicio, que hace imitador de Satanás al que le comete. Consecuencia de esta envidia es el odio, la maledicencia, los juicios tamerarios y las persecuciones de los justos. Tal fué la envidia de Caín que mató á su hermano Abel y por esto dice San Juan. (3) «Esta es la doctrina que habéis oído desde el principio, que os améis unos á otros. No así como Caín, que era del maligno, y mató á su hermano. Y ¿por qué le mató? Porque sus obras eran malas; y las de su hermano buenas.» Así también los impíos poseídos de tal envidia claman: «Tomemos pues en medio al justo, por cuanto nos es inútil y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados de la ley, y difama contra nosotros las faltas de nuestra conducta.» (4)

La envidia es uno de los pecados capitales, porque de ella como cabeza, raiz y fundamento toman origen y nacen otros muchos pecados. Esta es la razón por la que la envidia es vicio capital, sin que obste á ello el que la envidia proceda de la vana gloria y esta de la soberbia como dice Santo Tomás. (5) San Gregorio cuenta (6) cinco hijas genuinas de la envidia que son: *odium*, *susurratio*, *detractio*, *exultatio in adversis proximi*, *afflictio in prosperis proximi*. La generalidad de los autores siguen en esto á San Gregorio con Santo Tomás, quien además consi-

(1) Venerable P. Luis de la Puente, parte 1.<sup>a</sup> medit. XXIII.

(2) Sapient. cap. 11. v. 24.

(3) Epíst. 1.<sup>a</sup> cap. III, v. 11 y sig.

(4) Sapient. cap. 11, v. 12.

(5) Sum. theologica, 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest. XXXVI, art. IV.

(6) Lib. XXXI moral. cap. 17.

dera en la fecundidad de esta mala madre algo como principio, algo como medio y algo como término.

El principio en la envidia es disminuir la gloria de otro en oculto por medio de la murmuración (*Susurratio*), ó en público por medio de la maledicencia ó difamación (*detractio*), teniendo una y otra por objeto quitar al prógimo su buen nombre ante los demás con sus fatales consecuencias. El medio en la envidia es disminuir la gloria ajena, y si lo consigue recibe gozo por las cosas adversas del prógimo (*Exultatio in adversis*); pero si no lo consigue, se aflige por la prosperidad de su prógimo (*afflictio in prosperis*.) El término en la envidia se halla en el mismo odio, porque así como el bien que deleita causa el amor, así la tristeza causa el odio. (1) De esta manera envidiaba Cain á su hermano Abel, Saul á David, María á Moisés, los hijos de Jacob á su hermano José y los Fariseos á Jesucristo, por lo cual le condujeron á la muerte más ignominiosa entonces conocida y esto sin que hubiera en Jesús el más ligero motivo para ello. Si algún mérito ha debido ser respetado de la envidia en el transcurso de los siglos, es sin duda alguna el de Jesucristo. El Hijo de Dios habla y los ciegos ven, los cojos andan, los mudos hablan, los sordos oyen y los muertos resucitan. Sus milagros de misericordia y bondad deben asegurarle el aprecio y gratitud de todo Israel; pero esos mismos prodigios, prueba inequívoca de su divinidad, encienden en los corazones ruines de los escribas y fariseos, doctores y príncipes de los Judíos el más endivioso furor y reconcentrado odio hácia Jesús, que es la misma santidad, la bondad y misericordia sin fin para los descendientes de Adán y de un modo particular para con los hijos de Abraham, Isaac y Jacob. Su cólera contra Jesús no reconoce límites, así que Jesucristo es, según ellos, un embaucador, un ambicioso, un enemigo del orden público, un energúmeno que hace prodigios

(1) S. Tom. Sum. theolog. 2.<sup>o</sup> 2.<sup>ae</sup> quaest XXXVI, art. IV al fin.

y maravillas prodigiosas é innegables en nombre de Belcebú príncipe de los demonios. Para ellos Jesús es el enemigo de Dios y de los hombres, á quien es de necesidad condenar á muerte y muerte ignominiosa. ¿Qué hacemos? decían en sus conciliábulos secretos. ¿No veis, se decían, el entusiasmo que hay por él; el amor que inspira á todos hácia él; el gozo con que es recibido en todos los puntos por donde pasa, siguiéndole pueblos enteros hasta en los lugares desiertos? Es necesario evitar, decían, que nuestra influencia no desaparezca, y para ello no hay más medio que desprendernos de él sujetándole á un suplicio que le deshonne para siempre y borre la deplorable impresión que ha hecho en la multitud. A este supremo extremo llega la envidia.

## II.

Dejamos consignado, que la envidia consiste en afligirse de la dicha ajena y en alegrarse de las desgracias de nuestros semejantes. Hemos dicho que es un pecado mortal por su naturaleza y un pecado capital que procede de la soberbia, y es raiz y fundamento de otros muchos pecados. Ahora vamos á considerarle bajo otros muchos conceptos que le hacen no menos odioso y execrable. La envidia es una pasión baja é injusta que desdice en el hombre de una manera particular, porque en todos los pecados que infieren daño al prógimo, el pecador halla algunos pretextos y excusas, bajo cuya sombra se cobija para justificarse. El que se apodera de bienes ajenos alega sus necesidades. El avaro el sostén de su casa y numerosa familia. El vengativo la ofensa hecha á su honor ó el daño inferido á sus bienes. El disoluto, la potente fuerza de sus vehementes pasiones. Pero el envidioso nada

puede alegar que le escuse en su amargo y negro despecho, porque lo que le entristece, es el bien que otro posee y de cuya posesión se halla él privado y esto es lo que le consume. Otro tiene cualidades superiores y será ello un crimen á los ojos del envidioso. Esas cualidades y ventajas son con frecuencia dones que recibió de la liberalidad de Dios, y no es culpa suya que no reciba el envidioso iguales mercedes. No las disfruta en daño del envidioso ni son despojos de este. Esos bienes del prógimo son muchas veces resultado de su trabajo y de su economía y sin embargo, el envidioso derrama sobre él la amargura de su hiel como si tuviese la culpa de su falta de talento ó bienes de este mundo, siendo no pocas veces la causa de su pobreza él mismo con su pereza, malas costumbres, van-gancia y prodigalidad.

La pasión de la envidia es una de las más injustas por su oposición á la caridad y por los grandes males que produce. Todos los hombres componen una misma familia cuyo padre común es Dios. El Señor se comunica á los individuos de esta familia ó sociedad con los bienes que sobre ella derrama, y quiere que estos individuos mantengan unos con otros el trato de una officiosa caridad que haga comunes los bienes y los males. Dios como buen padre se comunica á los hombres con los bienes que los dispensa: bienes de naturaleza, bienes de fortuna y bienes de la gracia. Da á unos las cualidades morales y físicas; levanta á otros á los honores; colma de prosperidades á estos; concede á aquellos ingenio y talento con que distinguirse y adquirir reputación en el mundo; pero el envidioso está en abierta oposición con los designios de la providencia y bondad divina. Quisiera cerrar la mano de Dios y suspender el curso de las mercedes que otorga á los hombres; desaprueba lo que hace, y como no puede impedir que el Señor cumpla sus designios, se entristece y aflige, lo cual es una manifiesta injusticia. El Señor

respondió á uno de los murmuradores en un caso de esta indole: *Amice non facio tibi injuriam, nonne ex denario convenisti mecum? Tolle quod tuum est et vade: volo autem et huic novissimo dare sicut et tibi. Aut non licet mihi quod volo facere? Aut oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* (1) Dios en su bondad infinita hace bien á todos los hombres; hace resplandecer el sol sobre los buenos lo mismo que sobre los malos; pero el envidioso profesa aversión á todos, es más culpable que el vengativo que solo odia á sus enemigos, y él considera á todos como tales ya sean parientes ó estraños, basta ser feliz para incurrir en su desagrado, para ser blanco de su odio.

Es tan bajo el vicio de la envidia que los poseidos de ella afectan no conocerla y no ignoran lo mucho que degrada este pecado á la naturaleza racional. Por eso se dice en los sagrados libros que la envidia mata al párvulo ó sea al apocado ó de corto entendimiento (2).

Este pecado mata efectivamente á aquellos que son en efecto pequeños, porque ellos se dan á sí mismos este testimonio, de que son inferiores á aquel que es objeto de sus celos (3). Caín era mas grande que Abel. Esau por su derecho de primogenitura era superior á Jacob. Esto no obstante, uno y otro por una pasión tan baja é infame como la envidia se degradaban y dejaban el honor que les correspondía de pleno derecho, por cederlo á pesar suyo á sus hermanos, cuya prosperidad no podían sufrir. El artesano que ve á otro de su oficio que trabaja mejor —que el mercader es más afortunado en su comercio— que el vecino tiene más parroquianos—que todo el mundo le estima; esto basta para que el envidioso no pueda sufrirlo ni mirarlo con buenos ojos, porque el ojo del envidioso es muy malo en espresión del Espíritu Santo (4). Es el ojo

(1) Matth. cap. XX, v. 13 et seq.

(2) Job. cap. V, v. 2.

(3) S. Greg. M. lib. V Mor. cap. 33.

(4) Ecclesiast. cap. XIV, v. 8.

del demonio (1) que solo busca la pérdida de los hombres, y el desgraciado que sigue este modelo piense y medite seriamente teniendo en la memoria, que por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo. Grande es, pues, la ruindad, bajeza é iniquidad del envidioso respecto á su enemigo, á quien desearía perder de cualquier modo; pero no se atreve, porque la severidad de las leyes le ata las manos; así que la envidia es el único medio é instrumento de su venganza y con ella despedaza á costa suya en su corazón á aquel á quien no puede hacer otro mal sin grande riesgo suyo.—Si el objeto de la envidia es el amigo, su bajeza es aun mayor, porque le dá exteriormente muestras de estimación y amistad, é interiormente tiene para con él un corazón de tigre y entrañas de víbora; exteriormente le desea mil prosperidades é interiormente le aflige el corazón la menor dicha suya.—Cuando las personas en quienes se ceba la envidia no son amigos ni enemigos, sino sujetos indiferentes, no es menos culpable el envidioso, porque nada le hicieron para que descargue sobre ellos toda la hiel de su corazón. En nada le ofendieron, ni le dieron el más pequeño motivo para que se aflija de su buena fortuna ó se goce de sus desgracias.

El envidioso ve en la prosperidad de su hermano un obstáculo para la suya, que no existe para él, si no se funda en la ruina ajena y de este falso principio nace el desbordamiento de todas sus pasiones, que obscurecen y hasta ciegan la razón. Nada más opuesto á la moral del Evangelio que la envidia. Ella carece de aquel espíritu de humildad y caridad sin el cual no podemos aspirar á ser discípulos de Jesucristo; porque la caridad cristiana funde en un solo corazón y en una sola alma á los que adoran al mismo Dios, que profesan la misma fe y van á sentarse á la misma mesa divina. La caridad quiere que la alegría del prójimo sea nuestra alegría; que su llanto sea nuestro llanto,

(1) S. Joan. Chrysost. Homil. 41 in Matth.

porque todos somos miembros del mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Esta caridad no existe en el envidioso, á quien entristece y apesadumbra la dicha de su hermano, regocijándose de su infortunio con una alegría bárbara y maligna. El envidioso que tan solo vive para sí, no estima su dicha y bienestar, sino cuando no lo comparte con nadie, á diferencia de los sentimientos que inspira la humanidad cristiana: el verdadero cristiano reconoce que no posee nada en el orden de la naturaleza y de la gracia, que no haya recibido de la mano de Dios, así que si ha recibido en abundancia, guárdase muy bien de prevalerse de ello en daño de sus semejantes. Si ha participado escasamente de las larguezas de la bondad, providencia y misericordia de su Dios, no se aflige, no se aterra ni desconfía nunca, bendice y adora la mano que tiene el perfecto derecho de conceder ó negar.

La caridad une todos los corazones y la envidia los divide. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora, dice San Pablo: *Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur. Non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum. Non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati;* (1) así que sufre y hace el bien, no buscando más que la paz y bienestar de sus semejantes, á diferencia del envidioso, que no quiere sufrir, ni tolerar nada. Es muy cuidadoso de sí, todo se lo atribuye y á nadie hace bien. La caridad está exenta de ambición y de celos; ve sin pesar y hasta complacer la prosperidad ajena; las buenas cualidades y engrandecimiento del prógimo, sus conquistas y sus triunfos, á diferencia del envidioso, siempre codicioso de lo que no tiene, siempre celoso de lo que tiene, trueca en tormento propio la felicidad ajena y en objeto de su ira las virtudes del prógimo. Hermosura física, prendas intelectuales, progresos y triunfos en su carrera, todo

(1) Epíst. 1.<sup>a</sup> ad Corinth, cap. XIII. v. 4 y sig.

enciende y aumenta grandemente su negra bilis. La caridad no comete ninguno de estos vicios; todos sus actos son dictados por la sana razón y la virtud cardinal de la prudencia. La envidia, obra, por el contrario, ciegamente: el capricho, la indiscreción y la temeridad son el móvil de todos sus actos. La caridad no se engríe, no desprecia á nadie, porque forma humilde concepto de sí misma; pero la envidia, cuyo veneno nace ordinariamente de la vanidad, no inspira más que desprecio hácia el prógimo. El envidioso creyéndose él solo digno de aprecio y alabanza, no puede aguantar que nadie sea objeto del aplauso y estimación de las gentes: quisiera ser el único á quien se confiriesen honores y que los demás permaneciesen olvidados en la oscuridad y el retiro, La caridad no es interesada ni egoísta. Si hace bien, no lo hace por el provecho que pueda reportarle; no se enoja por una negativa, porque cree que nada merece; ni siquiera la hacen mella los desprecios ni las ofensas que se la infieren. El envidioso obra de un modo enteramente opuesto: busca en todo su interés, único móvil que le anima en los servicios que á veces presta al prógimo; entrégase al despecho y á la ira, cuando le niegan lo que pide, aun cuando no se le deba. La caridad no piensa mal de nadie: lejos de concebir sospechas sobre la conducta ajena, cierra los ojos ante los defectos del prógimo: defiende al inocente y aboga por el culpable; pero el envidioso es siempre precipitado en sus juicios, sospecha mal ante las más ligeras apariencias, toma á mala parte las acciones de suyo indiferentes, condena al inocente como al culpable; mancilla la reputación de sus hermanos con atroces calumnias, la destruye, si puede y sobre sus ruinas eleva la suya propia. La caridad no se complace en la injusticia, la deplora y ve con profundo sentimiento los desórdenes que á causa de ella reinan en el mundo. Cuando se pone coto á los desórdenes, á los pecados y vicios, protegiéndose la virtud y se la honra cual

corresponde, entonces la caridad se complace y rebosa de júbilo; ella toma parte en todas las buenas obras, apropiándose el mérito que contienen. No así el envidioso, ve con júbilo las faltas de sus hermanos, le causan un contento secreto, porque supone desde luego que esto les ocasionará la pérdida de la estimación, en que se les tenía, y él gozará entonces de mayor consideración ante los demás. El envidioso se aflige á la vez del bien que hacen los demás, porque esto disminuye á su juicio el honroso concepto en que deben tenerle. Como consecuencia de esto se pone en lucha con la verdad: se vale de mil amañes para frustrar los mejores planes, para impedir las buenas obras, y si no puede conseguirlo, hace cuanto puede para rebajar el mérito de los que las practican, en el concepto público. En fin, la caridad lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo; pero el envidioso desconfía de todo, vacila en su fe, es tímido en su esperanza é impaciente en sus aflicciones.

Es tal la condición del envidioso, que en todo lo que no es obra suya, halla defectos, llegando en este camino hasta las obras de Dios, de quien recibió el ser, la inteligencia, y todo cuanto es. Quiere entablar pleito á la divina providencia, porque en su extraño, soberbio y extravagante delirio quisiera que la providencia se mostrase para él solo espléndida y para los demás raquítica y encogida. Como no reconoce más que su propio mérito, no puede sufrir rivales. Cuando se ve obligado á confesar la superioridad de las cualidades y méritos del prógimo, busca el lado débil de éste, abulta las más ligeras imperfecciones, sus más insignificantes faltas, el más mínimo defecto y hasta aquella mota que nadie ve más que él. Cuando á pesar de todo, no puede igualar sus méritos á los de aquel, complácese al menos en hallar algo que censurar en ellos. Esa pasión que no puede sufrir el bienestar del prógimo y cuyo mayor placer es notar sus defectos, es de lo más vil é indigno del hombre;

tiene cierta semejanza y es muy parecida á las negras y siniestras aves que desprecian los lugares deliciosos con sus prados amenos y embalsamados con el aroma de las flores que en ellos abundan, y en cambio frecuentan con particular satisfacción los lugares cenagosos, y malsanos por el aire pútrido que allí se respira. Es de tal índole este vicio que nunca vá solo, es sumamente fecundo, vá de ordinario acompañado de la maledicencia, de la calumnia y hasta de la violencia que acude presurosa para formar á la envidia un triste y denigrante acompañamiento.

Si se considera bien la naturaleza de este pecado, apenas puede comprenderse, cómo se halla tan extendido entre los hombres, ni como está tan arraigado en todas las clases de la sociedad desde las más elevadas, hasta las más bajas; desde las más ilustradas hasta las de menos instrucción; desde las ricas hasta las menos acomodadas. No es desconocida tampoco á las personas de uno y otro sexo, que se dedican á la virtud y que para esto renuncian al mundo y á los bienes de la tierra y hacen voto de obediencia: es uno de los frutos del pecado original, que se extiende por todas partes y es preciso reprimir con mano fuerte para vencerle y someterle á razón. La envidia lleva siempre consigo el castigo, que como cuervo cruel desgarrá al envidioso las entrañas. Para castigar los demás crímenes se vale Dios de los más espantosos azotes que saca de los tesoros de su ira, como del fuego, de las inundaciones, de la sequía, de la guerra, de la muerte. Para castigar al envidioso no necesita más que al envidioso mismo. El fuego que le anima contra el mérito y prosperidad de sus semejantes, tórnase contra el mismo envidioso en un fuego vengador que le consume sin cesar, pudiéndose decir con toda verdad que en la falta vá el castigo. Quien nunca ennoblece las ideas, no enaltece el corazón, ni inspira un sentimiento honroso, pero quien

infama, degrada y seca el corazón sin dejarle un momento de reposo.

No hay verdadera felicidad sin la paz interior, la paz del alma; así que esta es la base de la verdadera felicidad. Entreguémonos á los placeres, salga todo á medida de nuestros deseos y aun supere nuestras esperanzas; si á pesar de todo esto, está inquieta y turbada nuestra alma, todos los bienes exteriores no la darán satisfacción cumplida, no llenarán sus deseos, no la producirán gozo, ni bienestar, sino que todo la cansará y hasta la molestará y causará disgusto y enfado. La razón de esto es clara: el alma es para nosotros el principio de nuestra alegría y de nuestras penas y dolores. Una vez, que se halle turbado el principio, nada de todo lo que se halla fuera de nosotros es capaz de producir nuestra felicidad. Para disfrutar los bienes exteriores sería necesario separarnos de nosotros mismos ó que nuestra alma pudiera á la vez tener en sí la calma y la agitación. No hay dicha posible sin paz, y para que esta sea completa, ha de reinar al mismo tiempo en el interior y en el exterior. No puede decirse, que un reino está en paz, cuando se halla desgarrado por guerras exteriores ó interiores, llegando á su colmo la perturbación, la confusión y las calamidades, cuando á la vez se halla agitado por guerras exteriores y domésticas. Tal es la condición del envidioso; tiene á la vista el espectáculo de las ventajas que disfrutan aquellos de quienes está celoso; ve interiormente su propia pobreza, la privación de esas ventajas y de esos méritos, lo cual le consume quitándole la paz y tranquilidad de espíritu, porque toda superioridad le es insupportable.

La envidia es la pasión que ciega más al hombre y así solo se explica que quiere ser infeliz, porque los demás son felices y vivir afligido, porque los demás viven contentos. Este es el efecto de la envidia en los que viven

dominados por ella: les atormenta y desalienta sin poder satisfacerles; persíguelos incesantemente sin darles ningún motivo de consuelo. De modo que aun cuando Dios no castigara tan severamente como castiga en el otro mundo y aun en este el pecado de la envidia, el envidioso quedaría bastante castigado por su propia culpa, porque su sola pasión forma su suplicio, es su tirano y su verdugo. El envidioso vive infeliz en esta vida y se prepara una infelicidad eterna en la otra. Las demás pasiones llevan anejas amarguras y no pocas penas y disgustos; pero á la vez hallan algún goce y contento en los objetos que desean.

El avaro se llena de satisfacción en la posesión de sus bienes; el libertino en gozar de sus placeres; pero el envidioso no vive más que de hiel y amargura: la tristeza es el único fruto que su pasión le produce. Es una calentura que le consume, un gusano que le roe, una víbora que desgarrá sus entrañas, un veneno que le mina y mata lentamente. El aire triste y sombrío del envidioso, su mirada inquieta y lánguida, son señales inequívocas de la agitación de su ánimo, sin que se vea ninguna de paz y sosiego, y por eso el envidioso no está nunca tranquilo; la felicidad ajena le hace padecer, los elogios tributados á los demás son otros tantos dardos, que le atraviesan el corazón y como con frecuencia halla objetos que irritan su pasión en los que disfrutan de los bienes de fortuna y en los que ve honrados y apreciados en el mundo, resulta que nunca le abandona la inquietud. Si está solo entrégase á una negra melancolía por las mismas reflexiones, que surgen naturalmente en su entendimiento. Si está en compañía, los objetos que le han disgustado reproducen sus dolorosas impresiones. Esto hace la envidia: es necesario ser ciego para seguir los impulsos de semejante pasión.

En medio de los pesares que producen en nosotros

los azares de la vida, hallamos á veces mucho consuelo al lado de un amigo en quien descargamos nuestro corazón del cruel tormento que nos causa la pérdida de un bien, un revés de fortuna, una ofensa que hemos recibido; lo cual no tiene lugar en el envidioso, porque no se determina á manifestar su pesar á nadie en cuanto que la envidia es la pasión de una alma baja y de un mal corazón y por lo mismo la vergüenza de parecer tal, hace que reconcentre su pena dentro del alma sin dejarla aparecer al exterior. El envidioso no puede mitigar y menos endulzar sus penas; desprecia cuanto posee y cuantos placeres se le pueden ofrecer, si no tiene lo que poseen los demás. La fortuna ajena aunque inferior á la suya excita sus deseos, causándole mas sentimiento los bienes de que carece que contento los que le pertenecen. Así, pues, nada satisface al envidioso; aunque llegue al colmo de la prosperidad, siempre se creerá infeliz y esto hace que él mismo se haga tirano de sí mismo y se convierta en su propio verdugo y todo esto es debido, á que solo da oídos á su funesta pasión. Saul en el trono, vencedor de sus enemigos, rodeado de toda la gloria que acompaña al cetro y la corona, cierra los ojos á todos estos bienes, á todas sus prosperidades, y se entrega á los accesos de una negra manía que turba su reposo y le atormenta hasta el extremo de enloquecerle poniéndole fuera de sí. Desde el momento que oyó los cánticos laudatorios de David elevándole sobre él, no puede ya mirarlo con buenos ojos, ve en David un rival, cuyo mérito despierta su envidia que le quita la paz, mientras vive, y le conduce á poner en ejecución medios reprobados contra un inocente, á quien salva Dios de sus asechanzas. Aman, favorito de un príncipe y elevado al mas alto punto de grandeza á que puede aspirar un cortesano, es insensible á cuanto puede halagar su ambición, porque Mardoqueo es el único que no se humilla y dobla su rodilla ante él. Esto llaga su corazón

creyéndose infeliz en medio de los honores que se le rindan. Si el envidioso, por el pesar que le causa la prosperidad ajena pudiese amenguarla, aun sería esto para él cierto consuelo; pero por más que se aflija, por más que gima, no puede aminorar la felicidad del prójimo. El hombre cuya buena suerte disgusta al envidioso, cuya reputación le desagrada, no será menos afortunado en sus negocios por esa causa, ni menos estimado del público, si tiene para ello méritos. A veces el envidioso ve satisfecha su pasión por el momento; pero los mismos medios empleados para destruir la fortuna y reputación ajena, sirven no rara vez en los designios de Dios para aumentarla y consolidarla; así en efecto la envidia de los hermanos de José sirvió para su elevación. José no habría llegado á ser intendente del rey de Egipto ó de Faraon, si los mercaderes á quienes le vendieron, no le hubieran conducido á aquel pais.

Ocurre con frecuencia, que el hombre elevado á una alta fortuna la debe á la malicia y malquerencia de los envidiosos. Es mas, los medios de que se vale el envidioso para causar la ruina de los demás, sirven á veces para producir la suya propia, porque cae en la zanja, que había cavado para los demás en expresión del Profeta *Lacum aperuit, et effodit eum: et incidit in foveam, quam fecit.* (1) Aman fué colgado de la horca que él había mandado levantar para Mardoqueo, cuya perdición se había propuesto. El envidioso que aspira á destruir y aniquilar la fortuna ajena, encuentra á veces un rival que le resiste y aun le vence. El envidioso infamando á los demás se infama á sí mismo y pierde la estimación y confianza que en él se tenía, hiriéndole en su consecuencia los mismos dardos con que quiere herir á sus hermanos. El cielo se encarga muchas veces de la defensa del inocente, haciendo sentir tarde ó pronto los efectos de su ira y venganza

(1) Salm. VII, vers. 16.

al envidioso. Caín, el primero de los hombres poseidos de esta pasión, sufrió á causa de ella los más tristes efectos, porque después de matar á su inocente hermano, anduvo errante y vagabundo por la tierra, teniendo siempre á la vista la horrorosa imagen de su crimen; maldito él y su posteridad pereció miserablemente. Coré Datán, y Abirón descendieron vivos al infierno por haberse dejado llevar de la envidia, aspirando á la dignidad de sumo Sacerdote y entrometiéndose en un ministerio, cuyo desempeño estaba confiado á otros de orden de Dios y por último Elimas mago fué atacado de la ceguera en castigo de la envidia que profesó á S. Pablo. Los envidiosos, imitadores del demonio en su malicia, serán sus compañeros de condenación eterna y allí confesarán amargamente que han sido víctimas de su propia maldad: *In malignitate autem nostra consumpti sumus.* (1) Los demás réprobos se han acarreado su desgracia por el goce de ilícitos placeres y por el abuso que han hecho de la prosperidad; pero los envidiosos serán presa de las llamas sin fin por haberse entregado en esta vida al pesar ante la prosperidad ajena, lo cual es la suma estupidez. Esta es la envidia en toda su desnudez.

### III

Es tan grave en sí el pecado de la envidia, que se presta á muchas y variadas consideraciones por las cuales el hombre de sano juicio no puede menos de odiar y detestar este infernal pecado. En él reina la inhumanidad, siendo su compañera inseparable la crueldad. La envidia animó á los hijos de Jacob y armó sus manos fraticidas contra su hermano José. Ellos veían, que su juicio y prudencia le

---

(1) Sapient. cap. V, v. 13.

hacían más amable á su padre que los otros, y por esto no podían hablarle cosa alguna en paz. La acritud, aspereza y dureza de que iban acompañadas las palabras que dirigían á José, eran una clara manifestación del odio que abrigaba su corazón para con su inocente é inofensivo hermano. José les contó con toda su candidez un sueño que había tenido; el que denotaba su grandeza futura y la necesidad que sus hermanos tendrían algún día de él «Parecíame, dijo, que estábamos atando gabillas en el campo y como que mi gabilla se levantaba y se tenía derecha y que las vuestras, que estaban al rededor, adoraban á mi gabilla. Respondieron sus hermanos: ¿Serás por ventura nuestro rey? ¿ó estaremos sujetos á tu dominio? y así esta causa de sueños y de pláticas suministró fomento á la envidia y al odio.» (1) De tal modo creció la envidia de sus hermanos hácia él, que llegaron hasta proyectar su muerte. Le arrojaron en una cisterna vieja y por súplica y ruegos del más moderado de ellos le vendieron á los mercaderes madianitas. La envidia no tiene reparo, ni se avergüenza de quebrantar las leyes de la naturaleza y de la gracia. Como hombres debemos tener humanidad y un envidioso no la tiene. Como cristianos debemos tener caridad y ésta falta al envidioso. Como miembros de un mismo cuerpo debemos tener unión y la envidia la destruye. Es imposible tener unión con un envidioso. Querría ser solo y no tener rival. La unión es un elemento de vida y de bienestar y por lo mismo hasta entre los animales suele existir. Los hombres viven en sociedad y como consecuencia debe reinar entre ellos la unión y la paz y sin embargo apenas se sostiene aun con la fuerza. Los más solo se ocupan en suplantarse y destruirse. La envidia los separa y desde que esta pasión los anima no pueden perdonar á aquellos con quienes participan de la misma naturaleza. No

---

(1) Genes. cap. XXXVII, v. 7 y sig.

hay el menor grado de caridad en un envidioso. Es propio de esta virtud regocijarse con los que se regocijan y llorar con los que lloran siguiendo las enseñanzas del Apóstol (1) que dice: *gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus*. Así, pues, debemos interesarnos en el bienestar y en la desgracia de nuestros prójimos, porque todos somos miembros de un mismo cuerpo, del cual Jesucristo es la cabeza y por eso dice el Apóstol después de explicar la íntima unión y mútuo servicio, que se prestan los miembros del cuerpo humano: *Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra: sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. Vos autem estis corpus Christi, et membra de membris.* (2)

Estas son las obras y estos son los sentimientos de la caridad cristiana que nos legó el Señor dándonos el ejemplo en grado el más sublime y las gracias en grado abundante, para que nos sea suave el cumplimiento de su ley; pero los sentimientos y las obras del envidioso son del todo opuestas á las de la caridad. Esta es inspirada por Dios y aquella por el demonio. Un corazón herido por la maldita pasión de la envidia es además de cruel pérfido; porque para él no hay camino reprobado en el que se detenga, si conduce á sus fines. Si le conviene una reconciliación fingida con un enemigo á quien teme, á fin de conocer el secreto de sus negocios y perderle á golpe seguro, le emplea con la misma calma á veces, que una buena obra grata á los ojos de Dios, porque su corazón se ha encallecido y ha sofocado ya los estímulos de su conciencia. Nada le importan salutations y cortesías forzadas, ni chismes malignos sobre palabras que se interpretan mal y que se envenenan.

El caracter de esta criminal pasión siempre ha sido el mismo; así que encontramos un testigo de esa falsa recon-

(1) Epist. ad Roman. cap. XII, v. 15.

(2) Epist. 1.ª ad Corinth. cap. XII, v. 26 y sig.

ciliación del envidioso con la persona envidiada en Saul, que hace paces con David y al mismo tiempo busca medios para perderlo. Si se trata de un envidioso, á quien conviene hacer odioso y sospechoso á un criado fiel, le encontramos en los ministros de Darío, quienes hicieron entender á este príncipe la necesidad de castigar á Daniel y en su consecuencia fué arrojado al lago de los leones (1) del cual fué salvado por el Señor. Cuando vemos al envidioso disimular por algún tiempo el odio que encierra su corazón para con un inocente objeto de su envidia, ya hallamos un ejemplo en Esau (2) que espera la muerte de su padre Isaac para sacrificar á su envidia á Jacob su inocente hermano que es el objeto de ella. Otros emplean el medio de renovar amistades antiguas y abrazar al enemigo, sin que halle dificultad en hacerlo el envidioso si le sirve para sus fines, y ya tiene esto sus antecedentes en Herodes y Pilatos que no se reconciliaron sino para participar mutuamente en el deicidio de Jesucristo. (3) Es la envidia á manera de peste que todo lo inficiona y todo lo corrompe, estendiéndose instantáneamente por todas partes. Penetra los muros de los palacios de los grandes y allí se extiende entre todos los que los frecuentan. Este maldito pecado se introduce en las tiendas de los comerciantes y en las casas de los artesanos. Penetra en los tribunales de justicia y hasta en la Iglesia y en los Claustros. Los eclesiásticos no están más exentos de él que los seglares, ni los religiosos que las personas del mundo. Se halla entre las personas que viven en comunidad y entre los que hacen vida privada. No hay condición, estado, sexo, ni edad en que no se respire el aire contagioso de esta peste mortal. Este detestable vicio turba la paz de las familias, desune los matrimonios, divide los hermanos entre sí y hasta los

---

(1) Daniel cap. VI.

(2) Genes. cap XXVII, v. 41 y sig.

(3) S. Luc. cap. XXIII v. 7 y sig.

niños no están exentos de él: apenas han nacido y ya tienen celos de las caricias que se hacen á sus iguales; por lo cual conviene que los padres reparen en esto y no hagan sin motivo preferencia entre sus hijos. Si fijamos nuestra atención en todas las clases de la sociedad desde la primera hasta la última, hallaremos que la envidia hace en todas llagas mortales, advirtiéndose á la vez que los acometidos de este vicio, no tratan ordinariamente de aplicarle ningún remedio, ni de hacer lo necesario para curarlo.

Nada hay exento de la inmunda baba de la envidia. Todo lo envenena con su pestilente hábito. Ya en los primeros dias del mundo encuentran nuestros ojos á Caín derramando la sangre de Abel, lo cual es debido á que no puede ver con tranquilidad la predilección que Dios hace de su hermano. Armado de la envidia, hiere y de un solo golpe inmola á su furor al que le supera en virtud y cordura. En las edades siguientes vemos á José entregado á la crueldad de sus hermanos, que movidos por la envidia conciben el proyecto de quitarle la vida. Después David vencedor de los enemigos del pueblo de Dios es perseguido por el mismo á quien ha prestado los más señalados servicios. Saul persigue á David, atenta varias veces á su vida, porque le ve colmado de honores y objeto de mayores alabanzas. La conducta de Herodes es manifiestamente injusta y bárbara al saber por los magos el nacimiento de un nuevo rey á quien vienen á tributar sus homenajes. Ciego é insensible á las razones que podrían determinarle á seguir á aquellos fieles adoradores, solo se aconseja de la rabia que le enloquece, é irritado de que se reconozca á otro rey que á él, trama su perdición mandando para realizar su bárbaro intento, degollar multitud de criaturas inocentes, á fin de que entre ellas perezca la que es objeto de su desasosiego é inquietud. Estaba decretado en los arcanos divinos, lo que el Hijo de Dios hecho hombre había de ejecutar aquí en la tierra

para redimir del pecado al género humano y por esto se salvó de las tramas inicuas de Herodes; pero lo que no pudo la envidia de éste contra Jesucristo, lo consiguió la de los Judíos. Ella les animó contra su bienhechor y salvador pidiendo su muerte sin desistir de su propósito hasta verle consumado. *Collegerunt ergo pontifices et pharisaei concilium, (1) et dicebant: quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* Qué hacemos, decían en sus conciliábulos, porque este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, creerán todos en Él, y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y nación. La resolución siguió de cerca; llevaron á Jesús delante de los tribunales y ante los jueces de la tierra: le acusaron de muchos crímenes, pero Jesús probó su inocencia de un modo claro é incontestable; así que el mismo Pilatos la reconoció, y no pudo menos de confesar, que los judíos le perseguían por envidia: *Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum. (2)* Como la envidia no queda satisfecha hasta conseguir su propósito, busca nuevos medios para ejecutar sus negros planes, se asocia al respeto humano, amenaza á Pilatos con el desagrado del César, si no condena á muerte á Jesucristo. La pasión triunfa de la justicia, condena al más santo de los hijos de los hombres y Jerusalén se hace culpable de un deicidio. Innumerables son los actos sangrientos de esta pasión en los diferentes estados de la sociedad. Ella entra en los palacios de los grandes, en las casas de los ricos, en las cabañas de los pobres y en todas deposita su veneno haciendo horribles estragos, porque de la envidia nacen los rencores, las luchas, las divisiones entre los hombres de igual condición dentro de una misma familia. Ella enfurece al hermano contra el hermano por algún interés temporal: ella separa á los mejores

---

(1) Joannis cap. XI, v. 47 y sig.

(2) Math. cap. XXVII, v. 18.

amigos, cuya buena inteligencia la es insoportable, impidiendo la reconciliación de los amigos por los malos informes que alimentan su desavenencia. El noble no puede sufrir la opulencia del plebeyo, ni éste la elevación del noble: el pobre ambiciona los bienes del rico; el comerciante ve con pesar que su vecino prospera más que él; el artesano se aflige porque en casa de su vecino se multiplica el trabajo: el labrador ve con sentimiento el campo ajeno más fértil que el suyo. Si un joven ó una doncella alcanza posición ventajosa viene á ser el blanco, la víctima de una ciega envidia. Hasta el pobre ve con pena y tristeza de su corazón liberalidades que se hacen á los demás y como consecuencia de todo las quejas, las murmuraciones, las calumnias contra las personas á quienes se envidia.

El Señor en su infinita misericordia perdona los pecados de los hombres aun cuando sean enormes, sin que haya uno solo al cual niegue el perdón, si reconociéndose de él su autor, se humilla y con verdadero dolor de su corazón se reconoce, acude al tribunal de la penitencia y allí obtiene del ministro del Señor la absolución de sus pecados, ratificándose desde luego en el cielo. El envidioso es un ciego que no conoce su pecado y esta ceguera es tan especial que ningún otro pecado forma nubes más espesas que este, ni que más quite á los que caen en él el conocimiento y la reflexión sobre si mismos. Por eso advierte el Sabio que él no hará camino con el que se repudre de envidia; porque un hombre de esta índole no será participante de la sabiduría. (1) Un envidioso se persuade de que su pecado es nada ó muy poca cosa. Mirá esta pasión que le despedaza como una flaqueza disimulable, y no repara que es la de Caín, á quien imita. El envidioso, amigo del demonio, ama el mal por el mal y como su pecado es de pura malicia, arrastra al hombre á una infinidad de faltas,

---

(1) Sapient. cap. VI, v. 25.

que le alejan más y más de Dios, haciendo, por lo mismo, su conversión más difícil. María, hermana de Moisés habló contra éste; no pudo sufrir el honor hecho por Dios á su hermano y dijo: pues qué, ¿ha hablado el Señor por solo Moisés? ¿acaso no nos ha hablado á nosotros también del mismo modo? (1) El Señor indignado se retiró porque así como la virtud atrae al Señor, el pecado le aleja, la caridad le aplaca y la envidia le agría. Cuando un hombre tiene caridad, Dios está en él y él está en Dios; pero cuando la envidia destierra del corazón la caridad, echa de él la amistad de Dios y Dios se retira. Esta hermana de Moisés fué al mismo tiempo plagada de lepra y fué castigada preferentemente con esta enfermedad, porque la lepra denota mejor la naturaleza de este pecado. La lepra corrompe todas las partes del cuerpo y la envidia corrompe del mismo modo todas las potencias del alma. La lepra es una corrupción de la masa de la sangre y una señal de muerte y la envidia es una podredumbre que se introduce hasta la médula de los huesos (2) y cuando ha llegado tan adentro es muy difícil curarla. Esto se ve claramente en las personas de los fariseos. Se sabe cual fué su envidia contra Jesucristo: desde que ésta pasión se hizo dueña de sus corazones, los arrostró á excesos sin cuento; despedazaron repetidas veces á este divino Salvador con sus calumnias; no cesaron de perseguirle de muerte hasta verle crucificado entre dos ladrones y aun entorces le ofendieron cruelísimamente con sus gestos y palabras. La malignidad de su envidia se manifestó tan ostensiblemente, que el mismo Pilatos sabía con toda claridad y sin la más ligera duda que por envidia le habían entregado. (3) Estos ejemplos capaces son de aterrar y llenar de espanto á las personas

---

(1) Numer. cap. XII, v. 2 y sig.

(2) Proverb. cap. XIV, v. 30.

(3) M th. cap. XXVII, v. 18.

menos aprensivas y con todo eso los envidiosos no se asustan, ni se creen enfermos: son soberbios que no quieren humillarse, ni confesarse reos de este su pecado.

Los envidiosos se hallan tan ciegos y obstinados en su pecado, que apenas se encuentran penitentes, que se acusen de él. Hay pecadores, que se confiesan de sus blasfemias, hurtos, ociosidad, juramentos, impurezas y de otros muchos pecados en que han incurrido; pero son muy contados los que dicen paladinamente y sin redeos, la envidia es mi pecado; hay personas, cuya fortuna y bienestar siento, y cuya desgracia me regocija. Esto no es de hoy, há mas de seis siglos que Salviano, aquel Jeremías de su siglo manifestaba, que veía entre los cristianos dos cosas que no podía concebir ni conciliar: la primera era la multitud de envidiosos que se hallan en todas las profesiones; la segunda, la obstinación y la impenitencia de estos envidiosos, que son entre los pecadores los únicos que no reconocen su pecado. Son pocos los cristianos que están exentos de esta pasión; y pocos son á la vez, los que se corrigen de ella: *De vita prius, quam de iniquitate discedunt.* (1) En los unos, es ignorancia ó ceguedad criminal; y una vez que exteriormente no arruinan á aquel cuya felicidad envidian, se lisonjean de que son inocentes. En otros es indiferencia, ó mas bien una pura negligencia; tienen otros muchos pecados que decir y otras muchas cosas que cargan su conciencia. En muchos es pertinacia, obstinación y malicia: la envidia echó en su alma tan profundas raíces, que no piensan en arrancarlas.

---

(1) Salvian. lib. V. De prov. Dei.

## IV

Por lo que se deja manifestado se comprende fácilmente hasta donde es capaz de llegar el inmundo pecado de la envidia. Sus funestos efectos en el orden material y moral y el reato de pecados que arrastra tras de sí el envidioso; y la necesidad en que está de satisfacer cual corresponde para obtener de Dios el perdón de la ofensa hecha, son consideraciones mas que suficientes para huir de semejante pecado; pero á parte de estas observaciones generales se dan por los maestros de la vida espiritual reglas particulares para curarse de este detestable vicio y de ellas vamos á tratar como término de esta materia.

El primer remedio contra la envidia es desapegarnos de los bienes de este mundo, porque la causa de que uno no pueda ver esos bienes en manos ajenas sin entristecerse y afligirse es consecuencia del aprecio y amor que se les tiene, siendo difícil no envidiar en otro, lo que uno desea para sí. Si queremos librarnos de esta mala pasión, despojemos nuestras almas de las afecciones que las inclinan vergonzosamente á la tierra. Nuestro crimen no es, amados míos, ser ambiciosos, sino serlo á medias. Tengamos, pues, una ambición más grande y sea el cielo con sus recompensas y riquezas infinitas, el único móvil de nuestros pensamientos y afanes. Acordémonos, de que llamados á formar parte de la población celeste, no somos en la tierra más que unos viajeros, á quienes está prohibido detenerse en el camino. Esta consideración hará que veamos sin disgusto los bienes efimeros de nuestros compañeros de viaje. Algunos años, tal vez algunos días más, y la muerte habrá oscurecido y borrado para siempre la vana esplendidez de los bienes mundanos, no quedando de todo más que un sepulcro, que el tiempo se encargará de aniquilar también. Apreciemos de este modo, que es el ver-

dadero, las cosas de la tierra, y la envidia no tendrá entrada en nuestros corazones.—Por otra parte, debemos considerar, que todos somos hermanos naturales, pues todos venimos de unos mismos padres carnales, Adam y Eva, y tenemos también un común padre espiritual que es Dios y una madre que es la Iglesia y un hermano que es Cristo y como hermanos somos llamados á una herencia que es el reino celestial, en donde como hermanos estamos llamados todos á morar en una casa; y en ella el amor hará todos los bienes comunes, como miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Todos, pues, somos hermanos por gracia y herederos con Jesús, redimidos con su sangre, tenemos una fé, somos llamados á una misma gloria, siendo por lo mismo natural y puesto en razón el mutuo amor y hacerse bien unos á otros y holgarse el uno con el bien del otro. Alegrarse un hermano del mal del otro y pesarle del bien de su hermano es contra la ley natural y fuera de razón. Esto hace el envidioso.—Debemos considerar, que los envidiosos son semejantes á los demonios que tienen envidia y pesar del bien de los hombres, de sus buenas obras y de las gracias y dones espirituales, que reciben de Dios y de los soberanos y eternos bienes que les aguardan: no porque ellos los puedan tener, aunque los hombres los pierdan, sino porque ven que reciben los hombres lo que ellos perdieron. Querría el demonio que todos fuéramos como él, malaventurados y miserables. Tal es el envidioso, que desea que todos sean como él. Debemos tener en la memoria que aunque nuestros prógimos careciesen de los bienes que son la causa de nuestra envidia, no por eso los alcanzaríamos, lo cual es motivo bastante para que no nos pese de que los disfrute, puesto que los posee sin daño nuestro. (1)—Sabemos que nos cabe parte en todas las obras buenas de nuestros pró-

---

(1) Obras de Fr. Luis de Granada, explicación de la doctrina cristiana, Part. segunda, cap. XVII.

gimos si estamos en gracia y amor de Dios, recibiendo nosotros mayor provecho de nuestro hermano, cuanto mayores merecimientos hubiera en él. Por lo cual contra sí mismo hace el envidioso que le pese de la virtud de su prógimo; pues si no es bueno, no tendrá qué comunicarle, siendo grande la miseria y desventura del envidioso, porque donde su prógimo se mejora se empeora él, pudiendo mejorarse también. La envidia abrasa el corazón, seca las entrañas, cansa el entendimiento y le deja vivir alegre, porque castiga Dios al envidioso con su misma culpa, haciendo que ella sea el verdugo, ejecutor de la divina justicia. Es la envidia como el gusano que nace en el madero, haciendo el daño allí donde nace: la envidia nace en el corazón y en ese hace el daño y no en la persona á quien envidia. Es cosa maravillosa, que los envidiosos andan ordinariamente descoloridos y amarillos, mostrando de fuera, que sus corazones padecen allá dentro. Es la envidia riguroso juez que sentencia y atormenta á su mismo autor. —La envidia está siempre condenando al mismo Dios y su largueza que siempre está haciendo bien, porque ella está incesantemente envidiando los bienes ajenos y pesándola que los tengan y como no pueden tenerlos nuestros prógimos, si Dios no se los dá, el envidioso está condenando la liberalidad de Dios.

Es remedio poderosísimo contra este veneno de la envidia el amor á la humildad y el aborrecimiento á la soberbia porque esta es, á no dudarlo, la madre de la envidia. Es condición propia del soberbio no poder sufrir superior, ni aun igual, de donde es envidiar á los unos y los otros. Es necesario, pues, apartar el corazón de todos los bienes de este mundo y emplearle en aquellos bienes eternos y espirituales, que no se apocan por ser alcanzados de muchos, pues no solo para todos son unos mismos, sino que son más á cada uno, cuanto son más comunicados á muchos por virtud de la caridad. Por eso

se tiene envidia de los bienes de acá, porque tanto más se apocan, cuanto crezca el número de sus poseedores, que quitan ó disminuyen lo que se desea.

También es remedio eficaz para sanar de este mal, pedir á Dios de veras que haga bien á aquella misma persona á quien envidiamos sus bienes temporales ó espirituales, procurando ayudarla en sus justas pretensiones. Nunca aborrezcamos á persona alguna; amemos á nuestros enemigos en Dios y á los que nos hacen mal y persiguen; amemos á estos por Dios, el cual nos amó y redimió siendo nosotros aun enemigos suyos, y dió su vida por librarnos de la muerte eterna. Este Señor que así nos obligó nos pide como correspondencia á tan grandes mercedes, que le imitemos, diciendo: «Amad á vuestros enemigos y haced bien á quien os aborrece.» Habremos de habernos con nuestros enemigos, como el médico con el enfermo que procura sanar, amando al hombre y aborreciendo el mal. De esta manera amamos en nuestros enemigos, lo que Dios hizo, y aborrecemos lo que en ellos hizo su propia malicia y la astucia del demonio. Ante los malos pensamientos de que nada tenemos que ver con nuestro prógimo ni por razón de parentesco, ni por razón de conocimiento que nos tenga obligado, sino más bien ofendido muchas veces, debemos oponernos, considerando que no solo sin merecimiento nuestro, sino más bien con grandes desmerecimientos y pecados contra Dios recibimos de él muchas mercedes, por las cuales nos obliga á que hagamos por él con nuestros prógimos, lo que Dios hizo con nosotros. Dios no ha menester nuestros servicios: quiere que las mercedes de él recibidas, se las sirvamos en el prógimo. Procuremos hacer lo que nos enseña el Apóstol: «Somos muchos un solo cuerpo en Cristo y cada uno miembro los unos de los otros... Amándonos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros. En hacer bien nada perezosos, fervorosos de espíritu, sirviendo al Señor. En la es-

peranza gozosos; en la tribulación sufridos, en la oración perseverantes, socorriendo las necesidades de los santos, ejercitando la hospitalidad. Bendecid á vuestros perseguidores; bendecidlos y no los maldigais. Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran.» (1) «No queráis juzgar para que no seáis juzgados: pues con el juicio que juzgareis, sereis juzgados y con la medida que midiereis os volverán á medir. (2) Es razón que como miembros de un mismo cuerpo debajo de una Cabeza que es Cristo, nos sean comunes los placeres y los pesares, y todos reciban por propio lo que á uno acontece de bien ó de mal ó de contento ó de pesar. Esta es la suma de la caridad, que tales seamos para nuestros prógimos cuales les queremos para nosotros, deseando para ellos lo que deseamos para nosotros. Para producir en nosotros estos sentimientos y arrojarlos en nuestros corazones consideremos que es deber nuestro querer más el gusto de Dios que el gusto nuestro y la gloria de Dios que la nuestra y que esta se estienda y dilate á muchos y en muchas cosas. Dios quiere y se glorifica, de que otros tengan mayores dones naturales ó sobrenaturales que los que nosotros tenemos y justo es que gustemos de esto. No hemos de ser como Josué, criado de Moisés, que tenía envidia de que otros profetizasen, sino como el mismo Moisés que decía: «Quien me diera que profetice todo el pueblo y que el Señor les dé su espíritu. (3) Estos son los sentimientos propios de un ministro de Dios, que olvidado de sí, busca solamente la gloria de aquél á quien sirve. Un pastor verdaderamente humilde, como Moisés, tiene un corazón superior á todos los movimientos de una baja y vil emulación. El quisiera, que todos estuviesen llenos de los dones de Dios para poder instruir y gobernar á las almas. Tampoco hemos de imitar á los discipulos del Bautista, que

---

(1) Epist. ad Rom. cap. XII, v. 5.º y sig.

(2) Math. cap. VII, v. 1.º y sig.

(3) Num. cap. XI, v. 29.

tenían envidia de que Cristo bautizase y todos fuesen tras él, sino como el mismo Bautista que decía: «No puede el hombre recibir algo, si no le fuera dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él... Es necesario que él crezca y que yo mengüe. (1)

Son tantos y tan grandes los males y los daños, que produce la envidia en todo el mundo, en las naciones, en los pueblos bárbaros y civilizados, en las ciudades y aldeas, que no es posible enumerarlos, á pesar de cuanto dejamos ya expresado. Esta sola consideración basta para que nos movamos á amar á nuestros prógimos y con esta caridad, cuyo fruto es paz y gozo en el Espiritu Santo, comenzaremos desde la tierra á gustar lo que hay en el cielo, en donde todos los bienaventurados están contentos y los menores participan de la gloria que tienen los mayores por el gozo que reciben con ella.

Participaremos, pues, allí del bien y gozo de todos nuestros prógimos, teniendo tantos motivos de alegría, cuantos bienes hubiera en ellos. Para resistir los estímulos de esta baja pasión de la envidia pidamos al Señor su ayuda y protección con la confianza que el hijo se dirige al mejor de los padres; instemos constantemente en la seguridad de que el Señor se complace en oírnos y acceder á nuestras súplicas, siempre que éstas vayan bien dirigidas buscando en ellas la gloria de Dios y nuestro provecho. No desmayemos ante la prolongación y violencia que nos hacen nuestros poderosos y desordenados apetitos porque el premio solo se concede por el Señor al que pelea vigorosamente, al que vence legítimamente al enemigo, al que triunfa de sus encarnizados enemigos el mundo, el demonio y la carne. Es preciso matar en nosotros esta maligna pasión de la envidia, que tantos males nos ocasiona y para

---

(1) Joan cap. III, v. 27 y sig.

ello combatamos resueltamente á la poderosa madre de tan perversa hija; destruyamos en nosotros ese apetito desordenado de sobreponernos á los demás; ese engendro irracional y funesto de la soberbia y entonces habremos triunfado seguramente de su legítima hija la envidia, genuino fruto de raiz tan funesta. Consideremos una y otra vez que esa funesta pasión á nadie aprovecha y daña á todos, siendo el principalmente castigado quien es el primer reo de este pecado ó sea el envidioso, porque á sí mismo se daña en primer término, destrozándose sus mismas entrañas. Fijemos nuestra atención en que el objeto de esa nuestra funesta pasión no es otra que un ser criado por Dios como nosotros para un fin común, siendo por consecuencia miembros de Jesucristo, debiendo haber en todos un solo corazón y una sola alma, como medio único de agradar al Señor y disfrutar del bienestar posible en esta vida y pasar después á gozar de la felicidad perfecta que á todos os deseamos en la otra en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

León 23 de Febrero de 1898.

FRANCISCO,  
OBISPO DE LEON.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

*Dr. Adolfo Pérez Muñoz,*

*Canónigo Secretario.*

*Los reverendos Párrocos y Ecónomos leerán al pueblo esta nuestra Pastoral en dos ó más dias festivos consecutivos.*